

RESISTENCIA DE OBREROS NAVARROS Y BRITÁNICOS A LA RECONVERSIÓN INDUSTRIAL DE LOS AÑOS OCHENTA: CONFLICTO, LUCHAS Y SOLIDARIDAD INTERNACIONAL

Nerea Pérez Ibarrola
Universidad Pública de Navarra

Introducción

Una de las consecuencias más notables del tránsito hacia un modelo «posfordista» que las economías occidentales iniciaron a partir de las décadas centrales del siglo XX fue el declive numérico de la clase trabajadora industrial, que trajo consigo no solo su fragmentación social, sino también el cambio del lugar que esta ocupaba en la política.¹ Este fenómeno, producido en el conjunto de los países occidentales industrializados, adquiere así una dimensión en la que entra en juego la consideración de la propia clase como una identidad social y política. Cabe preguntarse qué pasó desde entonces en la historia de la «clase obrera» como identidad colectiva.

Su transformación, fragmentación, disolución o, directamente, su desaparición es el final de la historia de una clase obrera que había ganado influencia económica y política hasta convertirse en una categoría cada vez más importante en el debate político y la cultura sociopolítica de los países occidentales.² Ese final, interpretado muchas veces como derrota, no fue repentino y no estuvo exento de conflictos. La derrota, la cara más amarga de este proceso, ensombrece en muchas ocasiones que la clase obrera, como sujeto y como identidad colectiva, luchó y opuso una dura resistencia no

solo al proceso de reconversión industrial, que amenazaba sus puestos de trabajo y por lo tanto su existencia como grupo social; sino, también, a la propagación del neoliberalismo, cuyo individualismo amenazaba la existencia de un «nosotros» colectivo, esencia y razón de ser de la identidad obrera. En los años 80, la clase obrera se resistió a desaparecer y defendió su empleo, su modo de vida y su supervivencia, porque en esas luchas todavía intervenían elementos que habían integrado las identidades obreras en décadas anteriores. Señalar la pervivencia e importancia de estos elementos en contextos tan adversos como los de la reconversión industrial y el declive del sindicalismo pueden ser claves para entender que pasó y que ha pasado con la clase obrera, más allá de que fuera «derrotada».

El presente artículo gira entorno a las luchas de dos colectivos de trabajadores en este contexto: los trabajadores de la empresa Potasas de Navarra, que afrontaron el cierre de la empresa entre inicios de los años 80 y 1986 y los mineros británicos, que protagonizaron la larga huelga de 1984-1985. Este trabajo no deja de ser una aproximación a estas dos luchas, cuyo objetivo principal es introducir el tema y explorar las opciones que ofrecería una investigación más en profundidad. Por ello el artículo pretende situar ambos conflictos en un mis-

mo marco y presentarlos como dos caras de una misma moneda. Indudablemente son dos conflictos diferentes, pero que comparten elementos porque, entendemos aquí, son parte de un mismo proceso y tienen lugar en un mismo contexto histórico. No es solo que coinciden en el tiempo, sino que ambos están históricamente conectados por un episodio de solidaridad internacional, dado que, como veremos, los trabajadores de Potasas respondieron a la llamada a la solidaridad que hicieron los mineros británicos durante su huelga. El proceso de cierre de Potasas de Navarra y la lucha de sus trabajadores tendrá un protagonismo especial en el análisis y, con ello, se tratará de conectar la historiografía local con la historiografía estatal y europea sobre este contexto de crisis, reconversión industrial y lucha obrera.

Contexto Internacional: ¿Transformaciones y crisis de la conciencia obrera?

El contexto histórico internacional del que partimos es el de la reestructuración del sistema capitalista emprendida a partir de la crisis de la década de los setenta, cuya principal consecuencia es la quiebra tanto del modelo productivo que había propiciado el espectacular crecimiento de la «edad de oro»³ como del pacto social de posguerra que había ayudado al mantenimiento de cierta paz política y social en los países y sociedades occidentales.⁴

En este marco se dieron una serie de transformaciones, tanto sociales como económicas, que afectaron profundamente a la clase trabajadora. La primera de ellas fue la crisis demográfica de la clase obrera industrial en los países occidentales, fruto de la emigración de industrias a países en vías de industrialización en los que podían pagar salarios mucho más baratos. Países enteros identificados con una etapa anterior de la industria se desindustrializaron al ritmo en que las industrias tradiciona-

les y sus trabajadores desaparecían. La segunda fue la ofensiva del neoliberalismo contra las políticas de bienestar y los sindicatos, principales fuentes de protección para los elementos más débiles de la clase obrera, que acrecentó las diferencias entre estos y los sectores de trabajadores situados en niveles superiores, como los trabajadores cualificados. La tercera, el fin del pleno empleo y el desempleo estructural, que cambiaron la manera de entender la pertenecía a la clase obrera, entre otras cosas porque ser de clase obrera pasó a significar ser pobre o, cuanto menos, vivir con el miedo a caer en la pobreza.⁵ Todos estos cambios tuvieron como consecuencia directa la pérdida del valor social del trabajo, que afectaba no solo al trabajo asalariado como actividad y medio para ganarse la vida, sino también a los vínculos sociales asociados a él y, por consiguiente, a su relevancia social y política.

A todo ello se añade un elemento más, subrayado acertadamente por el historiador Eric Hobsbawm: una crisis de conciencia que había comenzado a producirse no en los años 80, sino en la edad de oro.⁶ Merece la pena detenerse en esta idea y ver cuales son las particularidades de su desarrollo en el caso del estado español.

A finales del XIX las poblaciones que se ganaban la vida vendiendo su trabajo manual a cambio de un salario aprendieron a verse como una clase única y a considerar a esta como el elemento definitorio de su lugar en la sociedad. Existía una cohesión de conciencia generada y, a la vez, alimentada por varios elementos. Los unía el hecho de pertenecer a las clases pobres y económicamente inseguras; la segregación social que padecían, evidente en sus lugares de residencia, su estilo de vida propio e incluso su ropa; y, sobre todo, la colectividad, «el predominio del nosotros sobre el yo»⁷. Se vivía, se pensaba y se luchaba en colectivo. La vida de la clase trabajadora era, esencialmente, una experiencia colectiva que se desarrollaba

en espacios públicos (mercados públicos, niños jugando en la calle, bailes públicos) y actividades públicas (partidos de fútbol, mítines políticos, excursiones en días festivos).⁸ Es decir, los asalariados, los obreros, vivían de un modo diferente a los demás, en lugares distintos (y separados) de los demás y tenía expectativas de vida diferentes a los demás. Todo ello ayudaba a que se reconocieran como iguales y diferentes a otros grupos sociales, suscitando en los trabajadores la convicción de que ellos solo podían mejorar su situación, su propia vida, mediante la actuación colectiva.

Según Hobsbawm, casi todos estos elementos quedaron tocados durante la «edad de oro».⁹ Y es que la combinación de expansión económica, pleno empleo y sociedad de consumo de masas transformó, irremediablemente, la vida de la clase trabajadora, situando a la mayoría de los trabajadores de las sociedades occidentales muy por encima del nivel de vida en el que habían vivido sus padres o, incluso, ellos mismos. Todo ello suponía un cambio en las formas de vida que tenía consecuencias en las relaciones, actividades, actitudes y formas de pensar colectivas. Como señala Hobsbawm, «la prosperidad y la privatización de la existencia separaron lo que la pobreza y el colectivismo de los espacios públicos habían unido»¹⁰ y los elementos que definían la identidad de clase obrera y cohesionaban su conciencia, fueron diluyéndose.

El contexto español, en este sentido, presenta algunas peculiaridades interesantes y significativas. Si afirmamos, como buena parte de nuestra historiografía, que a partir de mediados de los 50 y hasta bien entrados los 60 se formó una nueva clase obrera bajo el franquismo, y que esta nueva clase obrera, con sus luchas, fue uno de los principales protagonistas del final de la dictadura y la transición, sus tiempos difieren de los contemplados por Hobsbawm para la clase trabajadora en el marco europeo.

Y es que el proceso de formación de una nueva clase obrera industrial en el estado español durante la segunda mitad del siglo XX es relativamente tardío, debido, principalmente, al retraso con el que llegaron aquí las transformaciones económicas y sociales que ya habían afectado al resto de sociedades occidentales años atrás. Así, ocurre el hecho diferencial de que, en el estado español, a partir de la segunda mitad del siglo XX, la formación de una nueva clase obrera industrial se da casi al mismo tiempo que, por ejemplo, la formación de la sociedad de consumo de masas. Es decir, mientras que en la «edad de oro» se iban desintegrando aquellos elementos que integraban la cultura y la conciencia de clase, en el estado español los elementos de formación de una nueva clase se entremezclaban con aquellos elementos que hemos visto que explican su desarticulación social, cultural y política.¹¹

Podría ser por eso por lo que, en muchas de las luchas y conflictos obreros que hicieron frente a los procesos de reconversión industrial en los años 80, todavía desempeñaron un papel importante algunos de estos elementos; hasta hubo colectivos obreros que se valieron del potencial de lucha mostrado en los años finales de la dictadura para condicionar los procesos de cese de sus actividades y cierre de sus empresas con el objetivo de conseguir las mejores condiciones para los trabajadores. Fue el caso, por ejemplo, de los trabajadores del astillero Naval de Gijón, ampliamente estudiado por Rubén Vega, en el que la existencia de la empresa y, por lo tanto, el mantenimiento de los puestos de trabajo pasó a depender, durante años, más que de resultados económicos, de la lucha y capacidad de movilización a de los trabajadores.¹²

De hecho, una de las claves explicativas de esta coyuntura es, precisamente, que tanto la determinación de estos trabajadores de negarse a aceptar la pérdida de puestos de trabajo y

de luchar hasta el final por sus empleos, como las respuestas que emplearon para hacerlo se basaban en modos de concebir la acción sindical y formas de acción colectiva forjados años atrás, en los años finales del franquismo y en los inicios de la Transición. Aquellos trabajadores habían interiorizado las experiencias y prácticas de aquellos años y actuaban, todavía, en base a discursos referidos a la democracia obrera, la conciencia de clase y una acción colectiva basada en las asambleas y la movilización.¹³ Otra de las claves que explican la fortaleza de los trabajadores y sus luchas a la hora de condicionar el proceso del cierre de la empresa es la aceptación social de la que disfrutaban. Resulta interesante porque en esta relación entre trabajadores y entorno social pueden apreciarse, todavía, trazas de ese sentido de colectividad que hemos visto desaparecer en la «edad de oro». Los trabajadores del astillero Naval de Gijón cuidaban los vínculos con su entorno social y urbano. La presencia de trabajadores en entidades vecinales o culturales creaba redes con el tejido asociativo más inmediato y acciones solidarias como la entrega de víveres y dinero a un albergue o el apoyo a otros trabajadores en conflicto e, incluso, actitudes como reparar los desperfectos causados por sus movilizaciones en viviendas o establecimientos comerciales,¹⁴ estrechaban lazos con la comunidad y vinculaba su lucha a la misma.

La lucha por el empleo: mineros británicos y trabajadores navarros

Durante la década de los 80 los trabajadores pelearon por sus puestos de trabajo y contra una lógica de mercado que hacía necesaria la destrucción del empleo en nombre de la rentabilidad. Lo hicieron en el peor contexto posible, el de la reconversión industrial y la privatización de empresas y servicios públicos. Ese

fue el caso de los trabajadores de la empresa Potasas de Navarra y de los mineros británicos. El cambio de una lucha reivindicativa por mejoras laborales y salariales a otra defensiva por la conservación del empleo es el principal punto en común y el marco general de las luchas de estos dos colectivos obreros. Esto apunta a que el contexto internacional y los procesos económicos y sociales que afectaron a los trabajadores son globales, a pesar de que la génesis, desarrollo y conclusión de sus luchas esté influida por factores locales.

Los mineros siempre fueron uno de los colectivos más combativos dentro de la clase obrera británica. Ya en 1974 habían protagonizado una huelga que había terminado con el gobierno conservador de Edward Heath. En aquella ocasión los mineros optaron por actuar colectivamente sobre los salarios, desafiando al propio gobierno y su estrategia de moderación salarial. Años después, aquellos mineros, ante la amenaza de cierre de varios pozos y pérdida de cerca de 20.000 empleos, protagonizaron una nueva huelga. Habían pasado diez años, pero este conflicto ya no giraba en torno a las condiciones salariales, sino en torno al cierre de minas, el desempleo y la propia supervivencia de las comunidades mineras.

Situando el conflicto en su contexto histórico e internacional, el periodista Seumas Milne ha interpretado la huelga minera británica de 1984-1985 no solo como una lucha por defender el empleo, las comunidades mineras y el propio Sindicato Nacional de Mineros (NUM), sino también como un desafío a la lógica del capital y a una reestructuración de empleos del sector «basada en criterios estrechos de beneficio y pérdidas, en lugar de en una concepción más amplia de costes y beneficios sociales y económicos».¹⁵

Potasas de Navarra S.A. siempre fue una de las empresas más importantes de Navarra. Se

constituyó con un capital social de 754 millones de pesetas, del que el Instituto Nacional de Industria aportó el 99%,¹⁶ lo que la hacía una empresa del régimen primero, y de titularidad pública después. La empresa contaba con tres centros de trabajo: la mina de la que se extraía el mineral, la fábrica de carnalita en la que este se manipulaba y la oficina. Era la empresa más grande de Navarra y la que mayor número de trabajadores empleaba.

También era una de las empresas más combativas. Durante el franquismo, Potasas fue uno de los principales centros de actividad y movilización obrera, ya que los trabajadores de la empresa fueron protagonistas de importantes conflictos laborales. Las «huelgas de Potasas»¹⁷ siempre tuvieron gran repercusión, no solo porque al ser la empresa más grande de Navarra los conflictos de Potasas afectaban a un mayor número de trabajadores, sino también porque Potasas era una empresa del INI, por lo que hacerle una huelga a la empresa significaba, de alguna manera, hacerle una huelga al propio gobierno.

Uno de los conflictos que evidencia la trascendencia de las luchas de los trabajadores de Potasas en el movimiento obrero y en el conjunto de la conflictividad obrera en Navarra tuvo lugar en enero de 1975 cuando, en el contexto de un conflicto laboral, un grupo de trabajadores se encerró en un pozo de la mina y poco después, en solidaridad con ellos, se convocó una huelga general en la que pararon cerca de 20.000 trabajadores, paralizando toda Navarra durante varios días.¹⁸ Este encierro y la posterior convocatoria de huelga general suponen uno de los puntos álgidos del desarrollo del movimiento obrero navarro bajo el franquismo en lo que a su organización y concienciación se refiere. El desencadenamiento de la huelga general y su difusión entre trabajadores de fábricas y diferentes agentes sociales y populares a través de redes organizadas e in-

formales que enlazaban fábricas y trabajadores con barrios, asociaciones sociales y culturales y partidos políticos, ponen de manifiesto la importancia de Potasas, sus trabajadores y sus luchas en el conjunto de las dinámicas laborales, económicas y sociopolíticas de la provincia. Si bien el proceso de cierre de Potasas arrancó pronto, a finales de los 70, fue a inicios de los 80 cuando la lucha de los trabajadores en defensa de sus puestos de trabajo y su medio de vida se recrudeció y se convirtió en uno de los principales problemas económicos y sociopolíticos en Navarra.

El proceso de cierre de Potasas de Navarra: lucha obrera contra la reconversión industrial

En el caso de Potasas de Navarra y de los mineros navarros no nos encontramos con un único conflicto, largo y duro y de gran repercusión tanto a nivel nacional como internacional como lo fue el caso de la huelga de los mineros británicos. El caso de Potasas fue la historia de un proceso que se dilató varios años en el tiempo y que se desarrolló entre negociaciones que implicaron al INI, a la dirección de la empresa y el comité de empresa y la movilización permanente de los trabajadores para afirmar una posición de fuerza en dichas negociaciones. El caso de Potasas adquiere relevancia a nivel local porque el proceso de cierre sumió a los trabajadores y a toda Navarra en general en una gran tensión; no en vano, era la mayor industria de Navarra, y los problemas que le afectaban, afectaban directa o indirectamente a toda la provincia.

Los problemas de Potasas de Navarra comenzaron a finales de los años 60, con la bajada generalizada de los precios del mineral potasero y se agravaron en los años 70, con las primeras señales de agotamiento de las reservas de silvinita y la decisión de explotar las reservas de carnalita, que resultó ser un completo fra-

caso y agravó profundamente la situación económica de la empresa. El endeudamiento fue creciendo y cada año aumentaban las cargas financieras que pesaban sobre Potasas, hasta el punto de que al inicio de cada año el déficit era mayor debido a los cientos de millones que se debían abonar a los bancos en concepto de intereses por los préstamos suscritos en los años anteriores.¹⁹ Sumida la empresa en esta situación, los trabajadores de Potasas comenzaron a temer por sus puestos de trabajo ya desde el inicio de los años 70. A inicios de los años 80 el INI anunció que no iba a mantener empresas con pérdidas. Ese era, precisamente, el caso de la empresa navarra. El 28 de octubre de 1980 Diario de Navarra anunciaba en su primera página: «El INI planea el cierre de la empresa Potasas de Navarra».²⁰

Así arrancaba el proceso de cierre de la empresa. El primer movimiento de la dirección fue presentar un plan de contingencia que contemplaba el aumento de la productividad (mediante un cuarto relevo) para aumentar la tasa de beneficio. El plan se presentó a los trabajadores como la única opción de aumentar los salarios y mantener los puestos de trabajo y la plantilla debía decidir si lo aceptaba, teniendo en cuenta que la única opción que la empresa les daba en caso de que no lo hicieran era iniciar el proceso de cierre de las instalaciones. Al tiempo que comenzaban las negociaciones sobre el plan entre la dirección y el comité de empresa, los trabajadores ponían en marcha un plan de movilizaciones con el objetivo de presionar durante el proceso: manifestaciones, solicitud de apoyo y adhesión a la lucha a todos los ayuntamientos navarros y la búsqueda de la implicación activa de las instituciones navarras fueron algunas de las acciones puestas en marcha.

Dos son los aspectos más significativos de estas acciones. El primero tiene que ver con los propios objetivos de la lucha, que no se limitaban, en ningún caso, al plan de contingencia.

El lema de la manifestación celebrada en Pamplona el 24 de enero de 1981, «Navarra contra el cierre de Potasas», y la participación de una docena de niños portando una pancarta que decía, literalmente, «Trabajo y seguridad para nuestros padres», indican que los trabajadores eran conscientes de que, más allá del plan de contingencia, el proceso de cierre estaba en marcha. El segundo tiene que ver con la intencionalidad de ampliar la identificación de la lucha no solo con un problema que atañía exclusivamente a los trabajadores de Potasas. El lema mencionado de «Navarra contra el cierre de Potasas» y la búsqueda constante de implicación de las instituciones navarras en la resolución del conflicto muestran la voluntad de trascender lo particular y plantear la cuestión como una problemática general, la reconversión y el desempleo, que afectaba a la sociedad navarra en su conjunto.

Tras la victoria socialista en las elecciones generales de octubre 1982, Carlos Solchaga fue nombrado Ministro de Industria. Solchaga pasaba entonces a ser uno de los protagonistas del proceso de cierre de Potasas de Navarra. A inicios de 1983, el ministro visitaba Navarra para realizar una ronda de contactos con los trabajadores de varias empresas navarras que se enfrentaban a procesos de cierre y conflicto, entre ellas la propia Potasas. Su propuesta para los trabajadores de esta última era la siguiente: El estado, el INI y el Ministerio se comprometían a elaborar un plan de explotación de un posible yacimiento adyacente al de Potasas; en caso de que la investigación en dicha ubicación diese resultados positivos y de que el nuevo yacimiento fuese económicamente rentable, habría que negociar el número de trabajadores que podrían tener un puesto de trabajo aquí, ya que, al ser un yacimiento más reducido, no habría trabajo para la totalidad de la plantilla.²¹ Solo parecía haber dos alternativas: el cierre, en el caso de que las investigaciones en curso

sobre el nuevo yacimiento resultaran negativas, o la explotación de una mina de dimensiones más reducidas, en caso de que fueran positivas. En cualquiera de los dos casos un número importante de trabajadores iba a perder su empleo.

De hecho, la empresa ya había pensado en algunas alternativas, sondeando en sectores de actividad susceptibles de crear empleo a corto plazo como la agricultura, la comercialización hortofrutícola o nuevas explotaciones en minería (mármoles). Entre las diversas opciones incluso se barajó la posibilidad de experimentar la producción de champiñones en las galerías de la mina o la extracción del aire caliente del yacimiento para su uso en invernaderos dedicados a la obtención de flores exportables²². Este ejemplo no deja de ser anecdótico, dado que la idea no llegó, en ningún caso a prosperar; pero resulta significativo como ejemplo de lo que representa la palabra «reconversión». En cualquier caso, los trabajadores de Potasas manifestaban estar contra de esta alternativa cada vez que tenían ocasión, coreando slogans como «somos mineros no champiñoneros» durante las movilizaciones convocadas durante aquellos días en los que se negociaba el futuro de sus puestos de trabajo.

Si bien las perspectivas de futuro pasaban por la explotación de un posible nuevo yacimiento, en el presente mantener la actividad de la empresa resultaba cada vez más complicado. La dirección de Potasas presentó a los trabajadores un «Plan de Mina reducida» como única opción para que la empresa continuara funcionando los años 1984-1985, tiempo durante el que se tenía la esperanza de haber desarrollado planes de creación de empleo y obtenido los resultados de los sondeos sobre el nuevo yacimiento. El «Plan de Mina reducida» consistía en «adecuar las dimensiones de la explotación a las reservas explotables de la actual mina, lo que permitiría mantener este yaci-

miento hasta su total agotamiento técnico, por un período previsto inicialmente de dos años», pero la concentración en mina y la reducción de la productividad bruta que el plan exigía llevaría consigo una disminución inmediata de la plantilla, unos 436 trabajadores en 1984 y otros 132 en 1985.²³

El comité de empresa no aceptó el plan porque, en la práctica, suponía el cierre total de la empresa en un plazo de dos años, independientemente de los resultados de las investigaciones sobre el nuevo yacimiento y de los planes de desarrollo de empleo alternativo²⁴. Por eso señalaba que para garantizar la continuidad de la empresa iba a ser necesario un plan de movilizaciones que reforzara la posición de los trabajadores de cara a negociar dicho plan. El 4 noviembre se convocó una jornada de huelga en Potasas que fue seguida por la totalidad de la plantilla, incluidos técnicos y administrativos y empresas subcontratadas; fue la huelga más secundada en toda la historia de Potasas.²⁵ La jornada consistió en una acción de protesta en las mismas instalaciones de la empresa, una asamblea informativa en la que participaron todos los trabajadores y una marcha a pie desde Beriáin a Pamplona (8,5 km).

Mientras, INI y Ministerio de Industria acordaban ratificar el «Plan de Mina Reducida» y aprobar una serie de inversiones con el fin de llevar a cabo la investigación en el nuevo yacimiento; pero para ello se establecía como condición que empresa y trabajadores llegasen a un acuerdo sobre dicho plan antes del 31 de diciembre, procediéndose, en caso de no alcanzarse, al cierre de la empresa ese mismo día. Esta perspectiva aceleró las negociaciones y el 12 de diciembre, tras una reunión a tres bandas entre representantes del INI, dirección y comité de empresa, se llegó a un acuerdo. Dos puntos de este acuerdo resultan especialmente significativos: el INI se comprometía a 1) mantener la existencia de la empresa sin el límite

de los dos años y 2) estudiar y poner en práctica cuantas iniciativas creadoras de empleo estimase oportunas, ofreciendo, incluso, dar a los trabajadores la formación profesional adecuada para dichos empleos.²⁶ Desde el punto de vista de los trabajadores era un acuerdo positivo porque, ante todo, garantizaba la continuidad de la mina sin la presión que suponía la amenaza de cierre a dos años vista.

Pero tan solo dos días después, el 14 de diciembre, el Ministerio de Industria rechazaba el acuerdo,²⁷ desencadenando el mayor conflicto ocurrido durante todo el proceso de cierre. Fue un conflicto en el que los trabajadores pusieron en marcha diferentes formas de lucha, desde una huelga indefinida que comenzó el mismo 14 de diciembre y duró hasta principios de enero de 1984; hasta la convocatoria de una huelga general para toda Navarra el 29 de diciembre; pasando por otro tipo de acciones como manifestaciones, concentraciones y encierros, como medida de presión. Fue, también, un conflicto que enfrentó directamente a los trabajadores de Potasas con el ministro de Industria, Carlos Solchaga, al que se responsabilizó directamente de bloquear el acuerdo.

El comité de empresa lamentaba que el acuerdo podría haber supuesto un ejemplo modélico para todo el Estado en cuanto a como hacer las reconversiones y las reindustrializaciones y atribuía directamente a Solchaga la decisión de frustrar el acuerdo porque este no obedecía a las directrices de la política económica del gobierno.²⁸ Solchaga, por su parte, defendía un «cierre ordenado de la mina» que mantuviera en explotación una parte de esta, pero garantizando que el resultado de la explotación no fuera a ser notablemente negativo; al mismo tiempo, criticaba a los trabajadores diciendo que «todo lo demás es tratar de aferrarse de una manera muy humana y comprensible, pero también irracional» a seguir manteniendo el puesto de trabajo en un yacimiento que ya es-

taba agotado y que resultaba «enormemente perjudicial para los intereses de todos los españoles».²⁹ Reivindicaba, además, que esta era la política industrial necesaria en aquellos momentos y que él, como ministro, debía aplicarla por igual en todo el estado, sin excepciones, y menos en Navarra:

en este caso, como en los demás, estoy tratando de aplicar una política industrial que, fundamentalmente, quiere distinguirse del pasado por ser rigurosa y realista y no poner paños calientes sobre heridas profundas, sino dar soluciones que, a veces pasan por decisiones notablemente impopulares. A mí, que esto suceda en mi tierra y en mi circunscripción (...) me puede resultar personalmente más doloroso, pero políticamente lo creo más significativo, porque empiezo por lo que siento más próximo lo cual creo que tiene un valor ejemplificador.³⁰

El mismo día 14 de diciembre los trabajadores del tercer turno del Pozo de Esparza acordaron iniciar una huelga indefinida como medida de presión para conseguir la firma del acuerdo alcanzado con el INI el día 12 de diciembre. El día 15 se celebró una asamblea en la que participaron cerca de un millar de trabajadores de Potasas en la que se acordó mantener la huelga indefinida y realizar más movilizaciones. Es más, de las distintas intervenciones de los trabajadores se desprendía que existía una visión compartida por la inmensa mayoría de la necesidad de preparar a la clase trabajadora de Navarra para una convocatoria de huelga general que movilizara a todo el pueblo navarro contra el cierre, por la defensa de los puestos de trabajo y contra el paro.³¹ Vemos nuevamente la voluntad de los trabajadores de convertir el conflicto del cierre de Potasas en un problema de orden social y político para toda Navarra.

El día 16 de diciembre se celebró una nueva asamblea, en la que se decidió que en la noche del 17 al 18 todos los trabajadores que

podieran se encerraran en ayuntamientos o en otros locales de barrios y pueblos. En Pamplona estaba previsto que esta acción se realizase en función de los barrios de residencia de los trabajadores de Potasas; los trabajadores de los pueblos tratarían que los encierros tuvieran lugar en sus ayuntamientos.³² Cerca de 600 trabajadores tomaron parte en los encierros y cerca de 200 personas más, no trabajadoras de la empresa, los acompañó durante en esta acción. Esos 600 trabajadores se repartían en ayuntamientos y locales de la siguiente manera: Asociaciones de Vecinos de Echavacóiz (25 /30), San Juan (20), San Jorge (40) y Rochapea (35), parroquia de la Milagrosa (25), Colegio de Beriáin (125), Ayuntamientos o Concejos de Berriozar (20), Barañáin (30), Cizur (10), Ansoáin (número no determinado), Burlada (60; recibieron el apoyo moral y material del alcalde y de algunos establecimientos comerciales de la localidad), Villava (30), Tafalla (50), Mendigorriá (15), Puente la Reina (35), Artajona (30) y Noáin (20).³³ Esta dinámica de lucha terminó al día siguiente, cuando a la salida de los encierros se convocó una concentración en la Plaza del Castillo a la que acudieron unas 2.000 personas.

Se convocaron dos manifestaciones más en los últimos días de diciembre. Ambas presentan elementos interesantes que merece la pena destacar. La primera, que tuvo lugar el día 22, reunió a varios miles de personas en Pamplona y destaca porque los mineros participaron en la misma con sus ropas de trabajo, como si trataran de afirmar su identidad de minero. La segunda, celebrada el día 24, destaca por haber sido convocada en Tafalla, localidad natal de Solchaga, por haber finalizado delante de la vivienda familiar del ministro y por haberle señalado directamente en la pancarta: «Solchaga, no cerrarás Potasas. Solchaga con los banqueros, Tafalla con los mineros»,³⁴ lo que significaba interpelar directamente al gobierno y su política industrial.

Para el 29 de diciembre, estando aun los trabajadores de Potasas en huelga indefinida, las centrales sindicales CCOO, Eusko Langileen Alkartasuna (ELA), USO y LAB convocaron una jornada de huelga general.³⁵ El objetivo no era únicamente el conflicto de Potasas, sino toda la reconversión, incidiendo también en los problemas de otras empresas navarras como Súper Ser, Agni y otras muchas pequeñas y medianas empresas.³⁶ El periódico *Navarra Hoy* recogía perfectamente la identificación del conflicto de Potasas con la problemática general de la reconversión y el desempleo en su editorial de ese 29 de diciembre: «(...) La reestructuración de la siderurgia y Potasas son cosas muy diferentes, pero el denominador común de un puesto de trabajo en peligro es el mismo».³⁷

En los días previos a la huelga general hubo encadenamientos de trabajadores y cortes de carretera; el día anterior, algunos automóviles recorrieron diversas zonas de Pamplona pidiendo, por medio de altavoces, que se secundara la huelga y en algunos establecimientos comerciales y portales se colgaron carteles recordando a la población la conveniencia de comprar con antelación productos básicos como el pan y la leche.³⁸ Los trabajadores, además, ya se habían organizado para el desarrollo de la jornada: habían organizado piquetes informativos, integrados por trabajadores de Potasas y delegados de las numerosas fábricas que se habían solidarizado con la huelga; estaba previsto que estos piquetes se concentraran por grupos en los diferentes polígonos industriales de la comarca para marchar en columnas hacia Pamplona, pasando por delante de talleres, comercios o bancos para que los trabajadores de estos establecimientos se sumaran a la huelga.

El seguimiento de la huelga se cifró en más del 80% de la población activa de toda Navarra (170.000 trabajadores), siendo incluso superior, en torno a un 90%, en Pamplona, Tafalla, Alsasua y sus respectivas comarcas.³⁹ Los con-

vocantes valoraron como altamente positiva la respuesta dada a la convocatoria y por ello agradecieron públicamente a los trabajadores navarros que habían parado y a los demás sectores sociales que habían apoyado la huelga su participación y comportamiento durante toda la jornada.⁴⁰ Atribuyeron el éxito de la convocatoria al hecho de que las centrales convocantes habían sabido conectar con la opinión de la mayor parte de los trabajadores navarros, que «comprendían que había que dar un frenazo a la degradación que está sufriendo Navarra» y a la colaboración de otros organismos, partidos y personas que, sin ser trabajadores de Potasas o de la industria y sin que sus puestos de trabajo estuvieran amenazados, se habían solidarizado y habían hecho suya la lucha durante aquel día.⁴¹

El acto final de la jornada consistió en una manifestación, celebrada por la tarde, en la que participaron cerca de 10.000 personas. En la pancarta podía leerse el lema «Por la industrialización de Navarra, contra el cierre de Potasas» y durante la marcha se gritaron consignas contra el cierre de Potasas («No hay que cerrar, tenemos mineral»), a favor de la lucha obrera («Así, así, ni un paso atrás contra el terrorismo patronal»), contra el gobierno en general («Felipe, Guerra, Potasas no se cierra») y contra Carlos Solchaga en particular («Solchaga caparra, no vuelvas a Navarra»).⁴² En esa misma línea, en el comunicado final se invitaba a los trabajadores a crear un gran movimiento reivindicativo por tres objetivos: exigir la reindustrialización de Navarra, el mantenimiento de los puestos de trabajo y la aceptación del acuerdo alcanzado entre los trabajadores y el INI sobre el futuro de Potasas el 12 de diciembre.

Tras el éxito de la jornada de huelga general, el día 30 de diciembre los trabajadores de Potasas decidieron, en asamblea, finalizar la huelga indefinida que habían iniciado el día 14. Volvieron al trabajo el día 2 de enero de

1984 y nada más reincorporarse, se retomaron las conversaciones entre representantes del INI y el comité de empresa para buscar una salida definitiva al cierre de Potasas. Las negociaciones se sucedieron durante todo el mes de enero y los trabajadores, mientras duraron, desplegaron una variada gama de acciones para ejercer presión y ganar una posición de fuerza: realizaron paros de 24 horas, cortes de carretera y prendieron fuego a barricadas. También se implicaron las familias de los trabajadores y en este último tramo del proceso de cierre, las mujeres se implicaron de manera directa, protagonizando sus propias acciones.

El 25 de enero de 1984, un grupo de 25 mujeres de trabajadores de Potasas acudieron al edificio de las oficinas con bolsas de comida y sacos de dormir, con la intención de encerrarse allí. La dirección de la empresa ordenó a las encerradas que depusieran su actitud y abandonasen el edificio, amenazando con interrumpir las negociaciones si no desalojaban el edificio.⁴³ Incluso pidieron al comité de empresa que intercediera para que el grupo de mujeres abandonara la estancia. Tras hablarlo con los representantes del comité, las mujeres valoraron su postura y decidieron abandonar el edificio y trasladarse a las escuelas de Beriáin, donde continuaron con su lucha, que consideraban «no es diferente a la que están llevando los trabajadores; es una forma de exigir una solución para Potasas en la que no se contemple ni un solo despido». ⁴⁴ El 4 febrero las mujeres volvían a ser protagonistas de una acción reivindicativa, una marcha junto a sus hijos desde el poblado de Potasas a la Plaza del Castillo. En la pancarta que abría la marcha, portada por niños, podía leerse: «a los hijos de los mineros nos quitan en pan». En el comunicado final las mujeres volvían a reafirmar su papel en la lucha, reivindicando que a las mujeres no les movía otro afán «que el de poner nosotras también nuestro grano de arena en una lucha tan justa

como crucial para cientos de familias obreras, que hoy nos vemos amenazadas con un futuro de paro e incertidumbre».⁴⁵

Mientras, las negociaciones seguían su curso. El INI ahora se comprometía a investigar un nuevo yacimiento (Subiza) y a crear una empresa nueva para acometer su explotación, en la que trataría de implicar financieramente a las instituciones navarras. A cambio, pedía a los trabajadores que aceptaran el plan de mina reducida, que implicaba la liquidación definitiva de Potasas el 31 de diciembre de 1985. Aceptar el plan suponía la pérdida de 300 puestos de trabajo el mismo año 1984; los demás empleos solo se mantendrían un año más. Para los primeros 300 trabajadores que iban a perder el empleo, se ofrecían las garantías previstas por el Estatuto del Minero, por lo que se les aplicarían jubilaciones anticipadas e incentivadas.⁴⁶ De entre los trabajadores que aguantarían en Potasas hasta el final, algunos se recolocarían en la nueva explotación; para aquellos que no hubiera sitio en la nueva empresa, el INI se comprometía a buscar, junto con el comité de empresa y la diputación, los empleos alternativos que fuera necesario (la SEAT, por ejemplo, se comprometió a emplear a 42 trabajadores de Potasas).⁴⁷

No sin debates y desacuerdos internos, el comité de empresa decidió apoyar este último acuerdo propuesto por el INI, valorando que se habían conseguido cosas positivas para los trabajadores, especialmente la explotación de Subiza. Finalmente, el 15 de febrero de 1984 los trabajadores de Potasas votaron en referéndum la aprobación del acuerdo; el 71,4% de ellos votó a favor. El 20 de febrero, el INI, los delegados de los trabajadores y la dirección de Potasas firmaban el acuerdo que daba por finalizado el largo proceso del cierre de la empresa.

En cualquier caso, el INI y el Ministerio de Industria no se comprometieron con el nuevo proyecto hasta que el Gobierno de Navarra no

dio su conformidad a compartir la sociedad. El acuerdo final entre el INI y el gobierno navarro estableció que ambas instituciones aportarían a partes iguales el capital social para la nueva empresa. La importancia de Potasas en el tejido industrial y laboral de Navarra quedaba ratificada con la implicación directa del gobierno foral en la nueva empresa. Se preveía que esta daría empleo a 650 trabajadores.

El 31 de diciembre de 1985 desaparecía Potasas de Navarra y el 1 de enero de 1986 comenzaba su andadura la nueva empresa Potasas de Subiza, S.A. (Posusa).⁴⁸

La huelga minera de 1984-1985, una lucha contra el cierre de pozos, el gobierno de Thatcher y la lógica neoliberal

La huelga minera de 1984-1985 supuso uno de los momentos de mayor tensión interna política y laboral de Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XX y es uno de los principales episodios de resistencia y lucha obrera en defensa del empleo y en oposición a la desindustrialización y a la lógica del neoliberalismo a nivel internacional.⁴⁹ A pesar de todo lo que se ha dicho y escrito sobre ella y a pesar de las lecturas y relatos que de ella existen entre los diferentes agentes sociales, laborales y políticos implicados en la misma, Seumas Milne reivindica que este conflicto exige una nueva valoración «revisionista».⁵⁰

Las interpretaciones varían en función de donde se vivió el conflicto. Según este autor para los conservadores, la mayor parte de los medios de comunicación, los dirigentes laboristas y aquellos líderes sindicales que abandonaron el NUM para luchar por su cuenta, la huelga es más bien una historia de violencia de piquetes, de maniobras antidemocráticas, de dogmatismo y de derrota inevitable.⁵¹ Para aquellos que participaron en ella, sin embargo, la huelga fue «la lucha más valiente y de principios en la historia del sindicalismo británico»⁵² y lo cier-

to es que, más allá de las vivencias, aquel conflicto fue una experiencia que afectó, directa o indirectamente, a la vida y visión del mundo de mucha gente: suscitó la solidaridad de cientos de miles de personas y colectivos ajenos a las comunidades mineras e impulsó nuevas formas de organización y activismo sociopolítico.⁵³ Tan solo este hecho cuestiona aquellas interpretaciones sobre el conflicto que lo reducen a simples piquetes violentos o maniobras antidemocráticas del NUM.

Otros factores apuntan a una lectura más compleja sobre la huelga, en especial la obsesión del gobierno de Thatcher y los poderes económicos, sociales y políticos conservadores por Arthur Scargill, presidente del NUM. Este no solo encabezaba el sindicato más poderoso del país, sino que además su personalidad —la de un líder sindical que nunca renunciaba a sus principios— y sus políticas, basadas en un marxismo encarnado en la praxis del sindicalismo de base, lo convertían en una figura sumamente peligrosa a ojos del gobierno.⁵⁴ En este sentido, el conflicto y la huelga también podrían interpretarse como una batalla del gobierno en contra de Scargill, el NUM y del sindicalismo activo que ambos encarnaban.

Uno de los objetivos de los conservadores cuando volvieron al gobierno en 1979 fue terminar con la fuerza y el poder de los sindicatos, especialmente del NUM. Los mineros disfrutaban de una posición industrial única, eran el sector estratégicamente más importante de la fuerza laboral del país y eran el colectivo obrero más politizado y radical de todos. En su empeño por destruir el NUM, el conflicto, por parte del gobierno, también podría considerarse como un intento de destruir el grueso de la industria de carbón.⁵⁵ Esta lectura resulta interesante porque apunta a una motivación claramente política de la desindustrialización del sector, mas que a una cuestión puramente económica.

La interpretación de Seumas Milne resulta, en este sentido, ciertamente esclarecedora.⁵⁶ Parte de la base de que la política energética del Gobierno Thatcher consistía en destruir para siempre las bases del poder del NUM. En los años 70 y 80 alrededor del 80% de la electricidad de Gran Bretaña se generaba a partir de carbón nacional, lo que daba a los mineros el control del suministro de la electricidad. Eso era lo que daba a los mineros una fuerza inigualable como sector laboral y lo que hacía a la energía británica «dependiente» de los mineros. Para los conservadores aquella dependencia tenía que romperse y para ello el gobierno se lanzó a una promoción sistemática de la energía nuclear y del gas y a la fragmentación, desnacionalización y privatización del suministro de electricidad y de la industria del carbón. Quebrar el monopolio de la electricidad y el carbón suponía limitar el poder de los mineros.

En febrero de 1984 Ian MacGregor, director del Consejo Nacional del Carbón, anunciaba su intención de cerrar veinte minas, acarreado la correspondiente pérdida de 20.000 empleos, la mayoría en zonas que ofrecían pocas oportunidades de empleo alternativo. El 12 de marzo, cuando ya muchos mineros habían parado y habían comenzado la lucha, el NUM convocaba una huelga nacional en contra de los cierres. Había comenzado uno de los conflictos más largos de la historia laboral de Gran Bretaña. Determinando que el conflicto estalló por la cuestión de los cierres, cabe preguntarse ¿Eran inevitables? ¿Eran inviábiles las minas? ¿No había otra alternativa?

En términos económicos no tenía sentido cerrar las minas, incluso si estas eran poco rentables, porque el desempleo resultante obligaría financiar grandes pensiones de jubilación, indemnizaciones por despido y subsidios de desempleo; de hecho, en términos económicos, «era más barato mantener a los mineros trabajando».⁵⁷ Puede volver a afirmarse enton-

ces que la decisión del cierre de minas estuvo motivada por objetivos políticos: derrotar a los mineros. El despliegue y uso de fuerza policial a gran escala al que tuvieron que hacer frente los mineros en huelga son un claro indicador de ello.

En efecto, el gobierno utilizó cualquier método disponible para quebrar la resistencia de los huelguistas: se equiparó a los mineros con alborotadores comunistas en un contexto, todavía, de Guerra Fría; se presentó a Scargill como un «dictador» que secuestraba y manipulaba la voluntad de los trabajadores, cuando el conflicto había comenzado desde «abajo» días antes de que el NUM convocara la huelga nacional; se autorizaron numerosos enfrentamientos violentos entre mineros y policías, a menudo provocados por la misma policía cuando «invadía» los pueblos y ciudades a caballo; y también se financió en secreto a los rompeshuelgas y hasta se orquestaron «montajes» mediáticos contra los representantes mineros.⁵⁸ Destacaba también la propaganda y el bloqueo informativo en torno a la huelga que llevaron a cabo los medios británicos. La imagen distorsionada que se ofrecía del conflicto y los huelguistas, proyectada no solo en Gran Bretaña sino también a nivel internacional, llevó a los mineros a organizarse para tratar de visibilizar «su» relato. Adrian Bird, minero de Nottingham, visitó en octubre de 1984 el estado español para reunirse con colectivos de trabajadores e informar sobre el desarrollo de la huelga desde la perspectiva de los mineros.⁵⁹ En una entrevista que ofreció durante su visita a Euskadi, se refería así al desequilibrio informativo existente en torno al conflicto:

Muchos mineros fueron heridos (...) y esto fue sacado en la televisión, pero solo se sacó una parte, cuando los mineros se defendían tirando ladrillos y piedras. Ha sido una tónica durante toda la huelga, la intoxicación informativa, pero nunca han sacado imágenes de las grandes cantidades

de policía preparada para cargar, ni las imágenes de comisaría, donde muchos mineros son apaleados.⁶⁰

A pesar de todas estas dificultades, participó en la huelga cerca del 80% de los mineros. No fue fácil sostener esta alta participación. La perspectiva de un invierno sin combustible y las dificultades para sostener la supervivencia y el propio futuro de sus familias fueron los mayores alicientes para que algunos mineros volvieran al trabajo.⁶¹ Aun así, la mayoría continuó en huelga, porque el motor de sus acciones era la desesperación: ellos y sus comunidades necesitaban trabajo.⁶² Así, la dureza y la duración de esta huelga muestra que en las acciones de los trabajadores también influyen factores como las emociones y los sentimientos y que a veces es necesario tener en cuenta ese «factor humano» para entender los comportamientos obreros y las propias luchas.

También otro factor resultó decisivo para que la huelga durase tanto: el apoyo que recibieron los mineros desde dentro y desde fuera de sus comunidades. A lo largo de todo el año que duró el conflicto el apoyo al NUM y a la huelga no bajó casi nunca de un tercio de la población adulta (alrededor de 15 millones de personas). La clave fue que esta se entendió, por parte de mucha gente y de muchos colectivos, como una huelga por el empleo y la defensa de las comunidades mineras; también como una huelga de solidaridad social y a favor de una Gran Bretaña diferente a la de Margaret Thatcher.⁶³

Uno de los principales apoyos de los mineros fue el de sus propias esposas.⁶⁴ Su contribución a la lucha fue uno de los principales factores que ayudó a sostener la huelga durante tanto tiempo. En abril de 1985 Hazel Jones, mujer de minero galés, madre de tres hijos y perteneciente a «Grupos de Mujeres que apoyan a los Mineros», fue invitada por el grupo Mujer y

trabajo de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya para explicar el final de la huelga y las perspectivas de futuro que se tenía en las comunidades mineras.⁶⁵ En su relato destacan tres aspectos sobre la participación femenina en esta lucha. El primero es que el papel de las mujeres estuvo vinculado, muchas veces, a sus papeles de esposa y madre: ofrecían apoyo emocional a sus maridos en huelga y organizaban los comedores comunitarios y la distribución de alimentos. El segundo es que, más allá de los papeles asociados a la «conciencia femenina»,⁶⁶ las mujeres también participaron activamente organizando sus movilizaciones —una manifestación de 25.000 mujeres en Londres el verano de la huelga— y participando en los piquetes, a pesar de que al principio los hombres estaban en contra de que ellas participaran (luego se acostumbrarían porque «vieron que era importante su presencia»).⁶⁷ El tercero es que a partir de este activismo surgió, en muchas mujeres, la necesidad de participar en debates políticos más amplios y de desarrollar una militancia sociopolítica activa. La experiencia de la huelga dio fuerza a la idea de que las oportunidades para los hijos, tener comida suficiente en la mesa y salarios decentes eran necesidades cuya ausencia se debía a las políticas del gobierno y sus empleadores y que cambiarlas dependía del activismo y el compromiso político.⁶⁸

Desde fuera de las comunidades, el apoyo llegaba desde diferentes colectivos y de diferente manera. Resulto indispensable la ayuda de la base de los sindicatos, tanto en forma de dinero, comida y juguetes, como de acciones industriales. Desde el Sindicato de Marineros, por ejemplo, se negaron a recibir en los barcos en los que trabajaban cualquier tipo de carbón de importación y hubo conductores de trenes que prohibieron el transporte desde las minas o los almacenes de carbón a las centrales térmicas de electricidad.⁶⁹ También cooperativas y grupos comunitarios organizaron colectas de

comida y ropa para las comunidades; mientras, pensionistas, propietarios y ocupantes de las zonas residenciales del sur y jubilados residentes en el campo realizaron donaciones que llegaban en forma de envíos directos de dinero a las comunidades.⁷⁰ Este apoyo popular a la huelga demostró que una parte importante de la sociedad británica rechazaba la filosofía del gobierno de Thatcher de que «no había alternativa al desempleo y los recortes en bienestar». ⁷¹ Así lo entendieron, también, los mineros y sus familias, según Hazel Jones: «Las masas de parados y mucha otra gente pudo identificarse con ella; miles de personas han apoyado la huelga de los mineros porque se ha estado luchando por el derecho al trabajo para todos». ⁷²

Más allá de la solidaridad mostrada para con los mineros por parte de diferentes colectivos de la población británica, la huelga de 1984-1985 fue una de las últimas en las que el internacionalismo obrero y la solidaridad internacional se hicieron claramente visibles como valor fundamental de la identidad de clase. Y aquí es, precisamente, donde confluyen nuestras dos historias.

En octubre de 1984 el Comité de empresa de Potasas de Navarra acordó solidarizarse con los mineros británicos en huelga. La propuesta fue presentada al comité por CCOO, en respuesta a la petición de ayuda solicitada por los mineros al movimiento obrero europeo. Este episodio de solidaridad internacional que protagonizaron los trabajadores de Potasas se concretó de dos formas. En primer lugar, se envió un telegrama de apoyo, se realizaron asambleas informativas dando cuenta de los pormenores del conflicto y de la situación en la que se encontraban los mineros y sus familias y se organizaron recogidas de alimentos y dinero. En segundo lugar, Navarra y la propia empresa fueron una de las paradas en la visita que Adrian Bird realizó al estado español en la primavera de 1984.

Con motivo de dicha visita, se organizó una asamblea en uno de los pozos de la mina en la que el propio Bird iba a explicar a los trabajadores detalles acerca del conflicto minero. Tanto la entrada en la mina como el permiso para la asamblea fueron denegadas expresamente por la dirección de la empresa. A pesar de ello, el acto se celebró y Adrian Bird pudo interactuar e intercambiar experiencias con los trabajadores de Potasas. Pero después la dirección abrió expediente a cuatro mineros del comité de empresa, pertenecientes a CCOO, por la realización de una asamblea que previamente había sido prohibida. Se acusó a los expedientados de facilitar y propiciar la entrada en las instalaciones de la empresa de Bird sin tener permiso para ello y de dirigir la asamblea. En respuesta a los expedientes CCOO hizo público un comunicado en el que resaltaba que el acto había sido convocado por ellos como organización sindical, por lo que la responsabilidad debía recaer, en todo caso, sobre el sindicato y acusaba de arbitraria a la dirección de la empresa, ya que la prohibición del acto, además de antidemocrática, afectaba a la misma libertad sindical, al no respetar el derecho de los trabajadores a ser informados de los conflictos laborales y el principio de internacionalidad de clases.⁷³

No es sino un episodio que, así narrado, no deja de ser anecdótico. Pero al mismo tiempo es significativo porque indica la resonancia internacional de la lucha de los mineros británicos y la pervivencia, todavía en un contexto como el que nos ocupa, de la centralidad de un valor como el de la solidaridad internacional de clase.

Tras prácticamente un año entero en huelga, el 3 de marzo de 1985 los mineros volvieron al trabajo. Con la «derrota» del NUM, el movimiento sindical había sufrido un duro golpe a su poder político, pero el mensaje que los mineros habían transmitido durante la huelga, que sus niveles de vida, familia, pueblos y ciudades

dependían de tener trabajo, socavó, de alguna manera el mensaje de la propaganda conservadora, que presentaba a una Gran Bretaña dividida entre trabajadores ricos y «perezosos desempleados».⁷⁴

Conclusiones

Tanto el proceso de cierre de Potasas de Navarra y las movilizaciones obreras que lo acompañaron como la huelga minera británica de 1984-1985 son conflictos generados por el marco de la reconversión industrial y la implantación del neoliberalismo como paradigma económico dominante. Que se insertan claramente en este marco global se aprecia en el hecho de que ambos conflictos representan un cambio de tendencia con respecto a conflictos anteriores: ya no son conflictos en los que se luchaba por mejorar las condiciones laborales y salariales, son conflictos defensivos, en los que se luchaba por mantener los puestos de trabajo. En este sentido, a pesar de que son dos casos muy diferentes en su origen, desarrollo y características, es posible vislumbrar elementos comunes que los identifican como formas de lucha obrera por el empleo y resistencia a la reconversión industrial y al neoliberalismo. Ambos conflictos son protagonizados por colectivos obreros con poder, los mineros en el caso británico, cuya fuerza radicaba en su «monopolio» sobre el suministro de carbón y en su «politización» y radicalidad; y los trabajadores de Potasas de Navarra, de gran peso cuantitativo y cualitativo entre la población trabajadora de Navarra, debido a la cantidad de empleos que en la provincia dependían de Potasas y al lugar que ocupaban sus luchas pasadas en la memoria colectiva del movimiento obrero navarro. Además, en ambos casos el conflicto no se presenta como una problemática particular que atañe solamente a los trabajadores implicados, sino que se hace una identificación consciente del conflicto con una problemática

global: la defensa del empleo. Podríamos añadir otro elemento en común, en los dos conflictos existe y se subraya un enfrentamiento directo con el gobierno, como demuestran las alusiones directas de los trabajadores a las figuras de Margaret Thatcher en el caso británico y al ministro Carlos Solchaga en el caso navarro.

Pero lo que resulta especialmente relevante en estos dos conflictos es que en ambos casos todavía pueden apreciarse en las formas de lucha, en los discursos y en los valores vestigios de aquella clase obrera que se perdía irremediablemente en el contexto global al que nos referimos.

En estos dos conflictos encontramos, entre los colectivos obreros movilizados, la herencia de un sindicalismo combativo y prácticas, actitudes y discursos asociados al mismo. Es más, son elementos que dan fuerza a las movilizaciones y a los trabajadores movilizados (en el caso navarro) y unen a los trabajadores a su «causa» y a sus «líderes» (en el caso británico).

Por otra parte, tanto en la huelga de los mineros británicos como en las movilizaciones de los trabajadores de Potasas en contra del cierre resulta evidente e imprescindible la implicación de la comunidad para sostener las movilizaciones y aumentar la capacidad de acción de los trabajadores. La identificación de esa comunidad con la problemática del conflicto y la problemática global es clara en ambos casos, ya que no está en juego solo el empleo, sino también la supervivencia de comunidades y familias enteras. Dos elementos ejemplifican a la perfección la implicación de esa comunidad y ambos son claramente visibles en los dos casos que nos ocupan: el papel desempeñado por las mujeres y las acciones de solidaridad. La implicación de las mujeres y la reivindicación que hacen estas de su papel es importante en el desarrollo de ambos conflictos: hemos visto a las mujeres británicas crear sus propias organizaciones y a las mujeres de los trabajadores

de Potasas protagonizar sus propias manifestaciones y encierros. Destaca además el hecho de que, al menos en primera instancia, su participación parte del lugar que ocupan dentro de la comunidad (como esposas, madres o hijas) y que lo hacen, por tanto, como miembros de una comunidad. En cuanto a las acciones de solidaridad, apoyo material y económico, acciones de cooperación y participación en acciones como encierros y movilizaciones, protagonizadas por aquellos elementos obreros y populares que compartían con los trabajadores una noción de comunidad obrera o desfavorecida, resultan imprescindibles para dar fuerza y entidad a las acciones obreras en los dos casos.

La solidaridad es un elemento clave en el desarrollo de estos conflictos. En primer lugar, porque resulta indispensable en la lucha y porque es lo que da fuerza a los trabajadores, para sostener un conflicto durante un año entero en el caso británico y para mantener una dinámica de movilización continuada en el caso navarro. En segundo lugar, porque es el elemento que une ambos conflictos, situándolos conjuntamente en un marco global y haciéndolos parte de una misma lucha. Y, en tercer lugar, porque el valor de la solidaridad y las prácticas asociadas a él denotan la pervivencia de un modo de identidad clase. La solidaridad es un valor casi inherente a la identidad obrera y la solidaridad internacional, la manifestación de que esta se comparte más allá de fronteras.

Si bien este artículo no ha sido sino una aproximación a dos conflictos, la identificación de todos estos elementos abre la posibilidad de investigarlos más a fondo para tratar de dilucidar su significado en un contexto en el que parecían perdidos o a punto de perderse. ¿Qué significa la pervivencia de la solidaridad internacional en los años 80?, ¿cómo es posible que se gesten iniciativas así en ese contexto? Investigar, recuperar y reflexionar sobre la pervivencia de elementos de la identidad obrera como

la solidaridad internacional puede ayudarnos en el camino de dilucidar qué pasó desde los años 80 en la historia de la «clase obrera» como identidad colectiva.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, Meg, «Women, Community and the British Miners' Strike of 1984-85», en ROWBOTHAM, Sheila y LINKOGLE, Stephanie, *Women Resist Globalization: Mobilizing for Livelihood and Rights*, Zed Books, Londres, 2001, pp. 48-69.
- ALLEN, Vic, «The year-long miners' strike, March 1984–March 1985: a memoir», *Industrial Relations Journal*, 40, 4, 2009, pp. 278-291.
- CALLINICOS, Alex y SIMONS, Mike, *The great strike: the miners' strike of 1984-5 and its lessons*, Socialist Worker, Londres, 1985.
- DARLINGTON, Ralph., «There is no alternative: Exploring the options in the 1984-5 miners' strike», *Capital and Class*, 29, 3, 2005, pp. 71-95.
- DÍAZ MONREAL, José Luis, *Las huelgas de Potasas*, Ahaztuak, Algorta, 2012.
- DOMÉNECH, Xavier, *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo: lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*, Icaria, Barcelona, 2012.
- GIBBON, Peter, «Analyzing the British miners' strike of 1984-5», *Economy and Society*, 17, 2, 1988, pp. 139-194.
- GOODMAN, Geoffrey, *The miners' strike*, Palgrave Macmillan, Londres, 1985.
- HARVEY, David, *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2007.
- HARVEY, David, *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu, Madrid, 2008.
- HOBBSAWM, Eric, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2011.
- HOLDEN, Triona, *Queen Coal, Women of the Miners' Strike*, Sutton Publishing, Stroud, Gloucestershire, 2005.
- HUTTON, Guthrie, *Coal Not Dole – Memories of the 1984/85 Miners' Strike*, Stenlake Publishing, Catrine, Ayrshire, 2005.
- HYWELL, Francis, *History on our sides: Wales and the 1984-85 Miners' Strike*, Lawrence & Wishart, Londres, 2015.
- KAPLAN, Temma «Luchar por la democracia: formas de organización de las mujeres entre los años cincuenta y los años setenta», en AGUADO, Ana María (ed.), *Mujeres, regulación de conflictos y cultura de la paz*, Universitat de València, Valencia, 1999, pp. 89-108.
- KELLIHER, Diarmaid, «Solidarity and Sexuality: Lesbians and Gays Support the Miners 1984–5.», *History Workshop Journal*, 77, 2014, pp. 240–262.
- LEEWORTHY, Daryl. «The secret life of us: 1984, the miners' strike and the place of biography in writing history 'from below'» *European Review of History*, 19, 5, 2012, pp. 825–846.
- LETAMENDÍA, Francisco, *Estructura política del mundo del trabajo: fordismo y posfordismo*, Tecnos, Madrid, 2009.
- MILNE, Seumas, *El enemigo interior: la guerra secreta contra los mineros*, Alianza, Madrid, 2018.
- PÉREZ IBARROLA, Nerea, «Mineros y obreros contra Franco. Del encierro en la mina de Potasas a la huelga general de 1975 en Navarra», en CUADRADO, Jara (ed.), *Las huellas del Franquismo: pasado y presente*, Comares, Granada, 2019, pp. 390-409.
- ROWBOTHAM, Sheila. y MCCRINDLE, Jean, «More than just a memory: some political implications of women's involvement in the Miners' Strike, 1984-88», *Feminist Review*, 23, 1986, pp. 109-124.
- SENNETT, Richard, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 1998.
- SHAW, Katy, *Mining The Meaning: Cultural Representations of the 1984-5 UK Miners' Strike*, Cambridge Scholars Publishing, Newcastle upon Tyne, 2012.
- SPENCE, Jean y STEPHENSON, Carol, «Female involvement in the miners' strike 1984–1985: Trajectories of activism», *Sociological Research Online*, 12, 2007.
- SPENCE, Jean y STEPHENSON, Carol, «Side by Side With Our Men? Women's Activism, Community, and Gender in the 1984-1985 British Miners' Strike», *International Labor and Working-Class History*, 751, 2009, pp. 68-84.
- TÉBAR HURTADO, Javier, «Introducción», en TÉBAR HURTADO, Javier (ed.), *El movimiento obrero en la gran ciudad. De la movilización sociopolítica a la crisis económica*, El viejo Topo, Barcelona, 2011.
- TODD, Selina, *El pueblo. Auge y declive de la clase*

obrero (1910-2010), Akal, Madrid, 2018.

VEGA, Rubén, *Crisis industrial y conflicto social: Gijón 1975-1995*, Trea, Gijón, 1998.

VEGA, Rubén, «Arden las calles. Movilización radical y luchas por el empleo en Naval Gijón, España», *Sociología del Trabajo*, 9, 2017, pp. 62-75.

NOTAS

- ¹ Tébar, 2011.
- ² Si bien esta lectura la hace Selina Todd, concretamente, para el caso del desarrollo de la clase obrera británica durante el siglo XX, es igualmente válida para el conjunto de los países occidentales, siempre teniendo en cuenta matices y particularidades. Ver Todd, 2018.
- ³ Entendida, en el sentido en el que lo hace Eric Hobsbawm, como el periodo de espectacular crecimiento experimentado por las economías occidentales capitalistas desde el final de la segunda guerra mundial hasta la crisis de la década de los 70. Hobsbawm, 2011.
- ⁴ Una panorámica general sobre de la reestructuración del sistema capitalista a partir de la crisis de los setenta y las transformaciones socioeconómicas y políticas derivadas de ella en dos obras de David Harvey: Harvey, 2007 y Harvey, 2008; sobre las transformaciones que en este contexto afectaron al mundo del trabajo, ver, entre otros muchos, Sennet, 1998, o Letamendia, 2009.
- ⁵ Todd, 2018, pp. 428-429.
- ⁶ Ver Hobsbawm, 2011, pp. 304-305. Este es el punto de partida de su análisis sobre las transformaciones sufridas por la clase obrera en el capítulo de la obra dedicado a la «Revolución social».
- ⁷ Hobsbawm, 2011, pp. 307-308.
- ⁸ Hobsbawm, 2011, p. 307. El autor apunta a que era así, principalmente, debido a lo inadecuado o inexistencia de espacios los privados.
- ⁹ Hobsbawm, 2011, p. 309.
- ¹⁰ *Ibid.*
- ¹¹ Ver el interesante desarrollo de esta idea en Domènech, 2012, pp. 27-28.
- ¹² Este ejemplo concreto se estudia en Vega, 2017. El mismo autor trabaja el tema desde un punto de vista más general en Vega, 1998.
- ¹³ Vega, 2017, p. 64.
- ¹⁴ Vega, 2017, pp. 72-73.
- ¹⁵ Milne, 2018, p. 53.
- ¹⁶ Díaz Monreal, 2012, p. 22.
- ¹⁷ Las huelgas y conflictos de la empresa fueron objeto específico de estudio en la investigación citada del historiador José Luis Díaz Monreal que lleva por título, precisamente, «Las huelgas de Potasas» (Díaz Monreal, 2012). A parte de visibilizar la relevancia que tuvieron los conflictos de esta empresa en el conjunto de las luchas obreras en Navarra, es un estudio muy completo y muy bien documentado con gran variedad de fuentes hemerográficas y documentales. La investigación de Díaz Monreal es una de las principales fuentes para conocer las luchas y conflictos protagonizados por los trabajadores de Potasas de Navarra y por eso, en este artículo, es la principal referencia a la hora de analizar el proceso de cierre de la empresa.
- ¹⁸ Más sobre este conflicto en concreto en Pérez Ibarrola, 2019.
- ¹⁹ Díaz Monreal, 2012, p. 310.
- ²⁰ «El INI planea el cierre de la empresa Potasas de Navarra», 29-10-1980, *Diario de Navarra*, p. 1.
- ²¹ Díaz Monreal, p. 238.
- ²² Declaraciones de Javier Conde, presidente de Potasas de Navarra en *El País*, «Flores y champiñones, cultivos para reconvertir una mina», 07-11-1983.
- ²³ *Ibid.*
- ²⁴ El comité de empresa de Potasas de Navarra lo componían la candidatura UIS (Unión de Izquierda Sindical) —integrada por Comisiones Obreras (CCOO), Langile Abertzaleen Batzordeak (LAB) y el Sindicato Unitario (SU), Unión Sindical Obrera (USO) y la Unión General de Trabajadores (UGT). Los posicionamientos de cada uno de ellos, tanto dentro el propio Comité como públicamente, y los debates y conflictos generados en torno a ellos se abordan muy brevemente en Díaz Monreal, 2012. Resultaría interesante enmarcar dichos posicionamientos y debates en el marco general de la política sindical durante la desindustrialización en Navarra y el estado.
- ²⁵ Díaz Monreal, 2012, p. 338.
- ²⁶ Díaz Monreal, 2012, p. 343.
- ²⁷ «Declaraciones de Carlos Solchaga», 16-12-1983,

- Diario de Navarra*, pp. 1 y 18.
- ²⁸ Díaz Monreal, 2012, p. 345.
- ²⁹ «Declaraciones de Carlos Solchaga, Ministro de Industria a DIARIO DE NAVARRA [sic.]», 22-12-1983, *Diario de Navarra*, p. 1.
- ³⁰ *Ibid.*
- ³¹ Díaz Monreal, p. 344 y «Asamblea general de os trabajadores de Potasas de Navarra», 16-12-1983, *Diario de Navarra*, p. 18.
- ³² «Tensa espera entre los trabajadores de Potasas de Navarra, que continúan en huelga total», 17-12-1983, *Diario de Navarra*, p. 18.
- ³³ El alcalde de Pamplona, el socialista Julián Balduz, no permitió la utilización del consistorio para que se llevase a cabo el encierro. «Concentración de trabajadores de Potasas de Navarra en la Plaza del Castillo», 19-12-1983, *Diario de Navarra*, p. 27.
- ³⁴ Díaz Monreal, 2012, p. 347.
- ³⁵ UGT, por su parte, no apoyó la convocatoria. A pesar de haber criticado el comportamiento del INI y del Ministerio de Industria con respecto al acuerdo del día 12, consideraba que la negociación seguía abierta, por lo que consideraba que con la convocatoria de huelga se quería utilizar el problema de los trabajadores de Potasas «con otros fines». «UGT no apoya la huelga general», 28-12-1983, *Diario de Navarra*, p. 26.
- ³⁶ «La huelga general de Navarra en apoyo a Potasas y contra el proceso de reconversión industrial aplazada al día 29», 22-12-1983, *Diario de Navarra*, p. 25.
- ³⁷ Citado en Díaz Monreal, 2012, p. 350.
- ³⁸ «Convocada para hoy huelga general en Navarra», 29-12-1983, *Diario de Navarra*, p. 1.
- ³⁹ Datos en Díaz Monreal, 2012, p. 348 y «Paro generalizado en Pamplona, Alsasua y Tafalla», 30-12-1983, *Diario de Navarra*, p. 1. La Confederación de empresarios cifró el seguimiento de la huelga en un 70/80% de los trabajadores.
- ⁴⁰ Díaz Monreal, 2012, p. 351.
- ⁴¹ «Paro generalizado en Pamplona, Alsasua y Tafalla», 30-12-1983, *Diario de Navarra*, p. 18.
- ⁴² *Ibid.*
- ⁴³ Díaz Monreal, 2012, p. 357 y «25 mujeres tuvieron que abandonar su encierro en Potasas y fueron a la Escuela Comarcal del Poblado de Beriain», 26-01-1984, *Diario de Navarra*, p. 1.
- ⁴⁴ «25 mujeres tuvieron que abandonar su encierro en Potasas y fueron a la Escuela Comarcal del Poblado de Beriain», 26-01-1984, *Diario de Navarra*, p. 1.
- ⁴⁵ Díaz Monreal, 2012, p. 362.
- ⁴⁶ Díaz Monreal, 2012, p. 358.
- ⁴⁷ «Trabajadores de Potasas de Navarra inician la incorporación en Seat», 21-07-1984, *Diario de Navarra*, p. 48.
- ⁴⁸ Aun así, la actividad de la nueva empresa comenzaría oficialmente el 1 de abril de 1986.
- ⁴⁹ La bibliografía sobre el conflicto es extensa: desde estudios publicados en los años 80, justo después del conflicto, como Callinicos, 1985, Goodman, 1985 o Gibbon, 1988; e investigaciones más recientes como Hutton, 2005, Darlington, 2005 o Allen, 2009; hasta las más nuevas aportaciones desde perspectivas historiográficas diferentes como la historia social y cultural, Shaw, 2012 o la biografía, Leeworthy, 2012; pasando por los estudios locales o regionales como Hywell, 2015. En cualquier caso, en el presente artículo no se realizará más que una breve síntesis del conflicto desde una perspectiva general.
- ⁵⁰ Milne, 2018, p. 55.
- ⁵¹ *Ibid.*
- ⁵² Palabras de Peter Heathfield, secretario general de la Unión Nacional de Mineros, citadas en Milne, 2018, p. 56.
- ⁵³ Uno de los episodios de solidaridad más conocidos es el protagonizado por el colectivo de gays y lesbianas, popularizado no hace mucho y a nivel mundial por la película «Pride» (2014), dirigida por Matthew Warchus. Más sobre este episodio en concreto en Kelliher, 2014.
- ⁵⁴ Milne, 2018, p. 57.
- ⁵⁵ Milne, 2018, p. 40.
- ⁵⁶ Milne, 2018, pp. 43-44.
- ⁵⁷ Todd, 2018, p. 413.
- ⁵⁸ Todd, 2018, pp. 413-414. El montaje policial y mediático orquestado con contra Arthur Scargill es, precisamente, el objeto de la exhaustiva investigación del periodista de investigación Seumas Milne. Ver Milne, 2018.
- ⁵⁹ «Adrian Bird. Un marxista que se siente seguidor de Robin Hood recorre España pidiendo solidaridad con los mineros británicos», 30-10-1984, *El*

- País*.
- ⁶⁰ «Entrevista (Adrian Bird). La Huelga de los mineros británicos. Un claro enfrentamiento entre intereses de clase distintos», 12-10-1984, *Punto y Hora de Euskal Herria*, n.º 362, pp. 17-19, p.19.
- ⁶¹ La película *Billy Elliot* (2000), dirigida por Stephen Daldry, pese a ser una obra de ficción, refleja a la perfección esta situación en la escena en la que el padre del protagonista decide regresar al trabajo, convirtiéndose así en un esquirol para sus compañeros y toda su comunidad.
- ⁶² Todd, 2018, p. 414.
- ⁶³ Milne, 2018, p. 70.
- ⁶⁴ El papel desempeñado por las mujeres en este conflicto ha sido ampliamente estudiado por la historiografía británica. Soló por citar algunos ejemplos, ver Holden, 2005; Allen, 2001; Spence y Stephenson, 2007 y 2009; o Rowbotham, y Mc-crindle, 1986.
- ⁶⁵ La revista *Punto y Hora de Euskal Herria* recogía su testimonio. «Los mineros británicos. El balance de un año de huelga», 12-04-1985, *Punto y Hora de Euskal Herria*, n.º 386, pp. 22-23.
- ⁶⁶ Entendida en el sentido que Temma Kaplan aplica en sus estudios sobre la movilización femenina a finales del franquismo, es decir, como percepción compartida por muchas mujeres que estaría en la base de movimiento y movilizaciones colectivas de mujeres surgidos de y relacionados con las prácticas y formas de vida cotidianas. Ver Kaplan, 1999.
- ⁶⁷ «Los mineros británicos. El balance de un año de huelga», 12-04-1985, *Punto y Hora de Euskal Herria*, n.º 386, pp. 22-23, p. 23.
- ⁶⁸ Todd, 2018. pp. 414-415. La propia Hazel Jones, en el transcurso de la lucha, llegó a militar en el International Marxist Group (IMG), partido de la IV Internacional en Gran Bretaña. «Los mineros británicos. El balance de un año de huelga», 12-04-1985, *Punto y Hora de Euskal Herria*, n.º 386, pp. 22-23, p. 23.
- ⁶⁹ «Entrevista (Adrian Bird). La Huelga de los mineros británicos. Un claro enfrentamiento entre intereses de clase distintos», 12-10-1984, *Punto y Hora de Euskal Herria*, n.º 362, pp. 17-19, p.18.
- ⁷⁰ Todd, 2018, p. 415.
- ⁷¹ Todd, 2018, p.416.
- ⁷² «Los mineros británicos. El balance de un año de huelga», 12-04-1985, *Punto y Hora de Euskal Herria*, n.º 386, pp. 22-23, p. 22.
- ⁷³ «La dirección de Potasas expedienta al presidente del comité y tres miembros del mismo, todos ellos de CCOO», 13-04-1984, *Diario de Navarra*, p. 56.
- ⁷⁴ Todd, 2018, p. 416.